

El Evangelio según la comunidad de San Juan

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: "Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo." Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel."

Y Juan dio testimonio diciendo: "He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, éste es el que ha de bautizar con Espíritu Santo." Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios."

Juan 1,29-34

Reflexión – EL ESPÍRITU BUENO DE DIOS

Jesús no es un hombre vacío ni disperso interiormente. No actúa por aquellas aldeas de Galilea de manera arbitraria ni movido por cualquier interés. Los evangelios dejan claro desde el principio que Jesús vive y actúa movido por «el Espíritu de Dios».

No quieren que se le confunda con cualquier «maestro de la ley», preocupado por introducir más orden en el comportamiento de Israel. No quieren que se le identifique con un falso profeta, dispuesto a buscar un equilibrio entre la religión del templo y el poder de Roma.

Los evangelistas quieren, además, que nadie lo equipare con el Bautista. Que nadie lo vea como un simple discípulo y colaborador de aquel gran profeta del desierto. Jesús es «el Hijo amado» de Dios. Sobre él «desciende» el Espíritu de Dios. Solo él puede «bautizar» con Espíritu Santo.

Según toda la tradición bíblica, el «Espíritu de Dios» es el aliento de Dios, que crea y sostiene la vida entera. La fuerza que Dios posee para renovar y transformar a los vivientes. Su energía amorosa que busca siempre lo mejor para sus hijos e hijas.

Por eso Jesús se siente enviado no a condenar, destruir o maldecir, sino a curar, construir y bendecir. El Espíritu de Dios lo conduce a potenciar y mejorar la vida. Lleno de ese «Espíritu» bueno de Dios, se dedica a liberar a la gente de «espíritus malignos», que no hacen sino dañar, esclavizar y deshumanizar.

Las primeras generaciones cristianas tenían muy claro lo que había sido Jesús. Así resumían el recuerdo que dejó grabado en sus seguidores: «Ungido por Dios con el Espíritu Santo... pasó por la vida haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hechos de los Apóstoles 10,38).

¿Qué «espíritu» nos anima hoy a los seguidores de Jesús? ¿Cuál es la «pasión» que mueve a su Iglesia? ¿Cuál es la «mística» que hace vivir y actuar a nuestras comunidades? ¿Qué estamos poniendo en el mundo? Si el Espíritu de Jesús está en nosotros, viviremos «curando» a oprimidos, deprimidos o reprimidos por el mal.

Padre José Antonio Pagola, SJ

Cuando los niños mandan

Estos días, o mejor dicho estas últimas semanas, los madridistas estamos de capa caída por la mala racha del equipo, y la consecuente destitución de su entrenador. Incluso, para mucha gente de buena voluntad, libre de filias hacia el Madrid, que siente lástima por Xabi Alonso, reconociendo todo lo bueno que ha hecho por el fútbol español en su época de jugador, y por supuesto recordado siempre por su elegancia, discreción y caballerosidad dentro y fuera del campo. Y aunque es verdad que el equipo tiene sus carencias y el cuerpo técnico parte de culpa, su destitución deja entrever algunas de las fallas de nuestro tiempo, que parecen más normales de lo que son en realidad.

Como me señalaba un amigo jesuita hace unos días, es similar a lo que ocurre a veces en los colegios: se prefiere culpar al profesor, porque es más fácil y barato, en vez de señalar a los alumnos. Al fin y al cabo, tanto el entrenador como el profesor suelen ser más responsables, más obedientes y van a crear, en principio, menos alboroto. El problema, como ocurre en los colegios, es que a la larga los niños que se mueven sin límites, van ensanchando el campo progresivamente al ritmo de su insaciable capricho -siempre bien justificado-, y jamás se responsabilizarán cuando las cosas no funcionen. Es la lógica del egoísmo, de la vanagloria y de no pensar en lo colectivo, algo propio y lógico de quién es un joven millonario, trabaja no muchas horas al día, se rodea de gente guapa y es aclamado por las masas, por muy humilde que en su conciencia pretenda ser.

No olvidemos que se piensa como se vive, y se vive como se piensa. El dinero crea monstruos, y la soberbia nace de creerte mejor que otros y no soportar que alguien te diga lo que está bien y lo que está mal. Ojalá las cosas vayan a mejor, sabiendo que el tiempo, tan juez como buen pedagogo, pone a cada uno en su lugar.

Álvaro Lobo, sj

De amor nadie se muere –

Serie eslóganes de hoy

En el Nuevo Testamento se nos dice en numerosas ocasiones que Jesús nos amó hasta el extremo, llegando a dar su vida por nosotros. Sin embargo, estas afirmaciones que tantas veces hemos escuchado nos pueden parecer un poco exageradas y pensar que hoy en día (o quizás nunca) de amor nadie se muere. Pero si reflexionamos un poco, veremos como en nuestro día a día sigue ocurriendo.

Quizás no de una forma tan espectacular como la de Jesús o como la de personas como san Maximiliano Kolbe que entregó su vida para salvar la de un compañero suyo del campo de Auschwitz; pero sí en menor medida y de una forma más cotidiana. Por ejemplo, siguen muriendo por amor los padres que renuncian a su bienestar para dar de comer a sus hijos pequeños en las noches a costa de su propio descanso. O las personas que acompañan a sus seres queridos en las largas noches de hospital mal durmiendo en incomodos sofás o sillas, con tal de que su ser querido pueda tener su mano cerca. Es el caso también de las personas cuyos trabajos consisten en poner en juego sus propias vidas en ayuda de los demás.

Así, en el mundo de hoy **sigue habiendo cada día cientos de pequeñas muertes que se llevan a cabo en favor de aquellas personas a las que se ama**. De tal manera que, si lo pensamos un poco mejor, veremos como cada uno de nosotros es capaz de «morir a sí mismo» y hacer aquello que no haría nunca si no fuera porque con ello puede hacer o estar junto a aquellas personas a las que ama. **De amor uno muere poco a poco.**

Luis Argila sj